

Piglia hace demasiadas concesiones a su imaginación: los perfiles psicológicos de los delincuentes, unos diálogos reconstruidos con supuestas grabaciones de micrófonos instalados por la policía, la quema de billetes y su lanzamiento desde el balcón del apartamento...

En su ardua labor de rastreador de hemerotecas y archivos sobre el caso, Haberkorn se encontró con un efecto colateral de esa ambigüedad literaria en la que se mueve *Plata quemada*: una guía de turismo gay para viajeros homosexuales donde se aconseja visitar el edificio Liberaij de Montevideo (por la referencia a la supuesta homosexualidad de Roberto Dorda). Haberkorn, que entrevistó a Claudia Dorda para su libro, descubre otras licencias sobre el personaje: «En el retrato que Piglia hace de los pistoleros porteños, a Roberto Dorda, por ejemplo, le inventa el sobrenombre de *Gaucho*, y lo presenta como una especie de bestia, un tipo bruto. Y en realidad era todo lo contrario, pertenecía a una familia sofisticada y pudiente y era un amante de la buena vida».

El destino final del dinero es a día de hoy un agujero negro en la historia. «Lo de arrojar plata quemada por el balcón es una imagen más propia del realismo mágico de García Márquez», sostiene Haberkorn. Ninguno de los testimonios que recogió para su libro de investigación sugiere que los delincuentes quemaran un tendal de billetes. «No se encontró dinero del botín quemado. Sólo algún que otro billete. Todo fue robado por la horda de policías y otras personas que invadió el apartamento 9 del Liberaij».

De hecho, hubo una causa judicial para dilucidar quién había robado las armas, las pertenencias de los delincuentes, etc.». De los restos del botín nunca más se supo. Y Haberkorn advierte: «Hay cosas que no pude comprobar en la investigación, pero cuando encontré un agujero no lo quise rellenar con ficción». Su modelo es el autor francés Laurent Binet, quien en *HHhH* reconstruye un caso de la Alemania nazi. «Y cuando hay algo que Binet no logra averiguar, lo aclara», zanja Haberkorn, quien nunca ha cruzado palabra con Piglia: «Me hace ruido que el escritor use la ficción pero diga que es real. Hay un dilema ético ahí quizás. Y todo se complica un poco más cuando se usan nombres de personas reales en una novela, en una ficción. Blanca Galeano rehízo su vida y Piglia la hace reaparecer en el libro pero no con hechos verdaderos».

La pregunta que subyace en la investigación de Haberkorn es si un escritor tiene derecho a modificar la realidad a sabiendas de que puede afectar a personas. Es decir, si la ficción tiene o no un límite, una raya, una frontera.

LITERATURA 'TÚ NO ERES COMO OTRAS MADRES'

UNA BUENA MALA MADRE

El rumor de las memorias de la familia de Angelika Schrobsdorff crece como una bola de nieve

LUIS ALEMANY MADRID

Mañana es el primer domingo de mayo, día de la madre, un beso, un te quiero y un poemita escrito en el colegio. *Tú no eres como otras madres*, de Angelika Schrobsdorff (editado por Errata Naturae y Periférica), es lo mismo: una prueba de amor a la madre. Solo que su autora lo escribió a los 65 años (fue en 1992), cuando la mujer que la crió llevaba cuarenta y tantos años muerta y su memoria había fermentado en algo diferente. Su relato es más complicado, más sutil y más doloroso, pero tan conmovedor como las primeras letras de un hijo en una hojita rayada. Ahora, cuando *Tú no eres como otras madres* es un runrún que crece en las librerías españolas (consume su segunda edición), Schrobsdorff es una anciana que vive frágilmente y en silencio en Berlín con su marido, Claude Lanzmann, el autor de *Shoah*. ¿Cómo se llevará con sus recuerdos?

Para los que aún no tengan claro qué es *Tú no eres como otras madres*, aquí va una explicación grosera: si tomamos *El gran Gatsby* de Fitzgerald; *Ella tan amada*, de Mazzucco; *Suite francesa* de Némirovsky; *Adiós a Berlín*, de Isherwood; y *Paseos por Berlín* de Hessel y lo mezclamos todo en un libro, el resultado será algo parecido al texto de Schrobsdorff.

El paisaje es conocido: Berlín, desde 1893 y hasta la mitad del siglo XX. El medio también nos suena: la burguesía judía alemana que, en realidad, era más alemana que judía. Por lo menos, ése era el propósito de Else. La protagonista del libro fue la hija de un empresario textil, Daniel Kirschner, que aún estaba a mitad del viaje hacia el laicismo. Una imagen simboliza ese *si-pero-no*. Cuando Else tenía pocos años, quiso que en su casa se celebrara la Navidad. Aún era pequeña y no entendía que sus padres eran judíos y que estaba abriendo un dilema embarazoso. La madre compró un abeto. El padre lo retiró. Y la niña lloró. Lo normal.

Los Kirschner habían tenido éxito en los negocios y eran ricos, pero aún no se sentían seguros en su piel. Eran conservadores y tendían a llevar una vida claustrofóbica. Desde pequeña, Else identificó un motor vital: salir del pequeño mundo de los judíos y entrar en el *campo abierto* de los gentiles. Dejar el espacio cerrado de la comunidad y conseguir una invitación para la gran fiesta que se estaba celebrando por las calles de Berlín.

El primer conflicto fue el casa-



La escritora Angelika Schrobsdorff, retratada en 2007. ROLF SCHULTEN

ELSE TENÍA UN PROPÓSITO: ABANDONAR EL PEQUEÑO MUNDO JUDÍO Y ENTRAR EN 'CAMPO ABIERTO'

DURANTE AÑOS, HIZO LO POSIBLE POR IGNORAR EL ÉXITO DE LOS NAZIS Y CONTINUAR CON SU ETERNO SÁBADO

miento. Else llegó a los 20 y la familia encontró un prometido, un socio del padre, judío, aburrido y conveniente. Hasta Minna, la madre de Else, reconoció que casarse con un hombre así debía de ser como encerrarse a vivir con un pez muerto. Pero la chica también tenía un amigo al que besuqueaba en los cafés. Se llamaba Fritz y era un goy, un gentil que no tenía un marco, pero sabía de poesía y de teatro, y que le abría una puerta al gran mundo: el arte, la vida bohemia, esas bobadas...

Else y Fritz se casaron en secreto, vivieron como menesterosos y tuvieron un hijo al que criaron en un cuartucho. Después, cuando murió el hermano de Else, consi-

guieron el perdón de los Kirschner. Los padres de ella les pusieron una buena casa y medios más que suficientes. Bien por ellos. Lo malo es que Fritz era inmaduro y se acostaba con las amigas de su mujer. Else lo supo y se enfadó. ¿Nos separamos? ¿Seguimos? ¿Nos queremos? Else decidió conservar el matrimonio, pero con nuevas reglas: libertad sexual y emocional, amistad y lealtad personal. ¿No era eso lo que querías, Fritz? Habían caído los años 20 sobre Berlín.

Y en eso consiste el nudo de *Tú no eres como otras madres*: en el relato de la preciosa ligereza con la que vivió Else la década dorada: viajes a Italia, a Yugoslavia y a Mallorca, casas en el campo, cortes de pelo a lo chico, hijos (tres, de tres padres distintos), amantes, sandalias de tacón, actrices de la UFA, fiestas, champán... Un ejemplo encantador: Else conoció al padre de Angelika, su tercera hija, la autora del relato, en una orgía. Lo gracioso es que acabaron la noche hablando de literatura y se enamoraron.

Enrich Schrobsdorff, el caballero de la orgía, era, en realidad, un buen chico, un tipo formal que había caído en la bacanal un poco por accidente. Al cabo de los años, salió expulsado de la gran fiesta de Else porque aquello no era lo suyo. Las juergas, ya se sabe, siempre acaban en una trage-

dia o en parodia ridícula. Y, en el caso de Else, lo sorprendente es que nadie diagnosticara un trastorno maniaco depresivo o de la personalidad límite en aquellos años del primer psicoanálisis. Menos mal que nadie contuvo aquella locura, pensará ahora cualquier lector.

Pero la tragedia de *Tú no eres como otras madres* no iba a ser una enfermedad mental. La tragedia iba llamarse Tercer Reich. Else hizo lo posible por ignorar a los nazis hasta 1938, mucho más allá de lo razonable. La escapada de Alemania, que terminó en la remota Bulgaria, ocupa la parte final del libro.

Si, en algún momento, todos los hijos tenemos que perdonar a nuestros padres por algo, por envejecer deprisa o por morir pronto, el conflicto de Angelika Schrobsdorff y su madre está claro: el pecado de Else consistió en no querer ver, en seguir viviendo en un eterno sábado, en no salir volando hacia Palestina en cuanto la cosa se puso fea. Acabó la guerra y Else y sus hijos salvaron el pellejo por los pelos, pero quedaron heridos. Heridos de muerte en el caso de Else y del mayor de su camada, Peter, que murió antes de cumplir 30 años.

Vivir ese proceso tuvo que ser muy doloroso, pero, pese a ello, el regusto de *Tú no eres como otras madres* no es amargo.